

10. SI MADERO HUBIERA MUERTO

“En el campamento reinaba un ambiente de exagerado optimismo. Era un entusiasmo que rayaba en lo festivo; en nada se asemejaba aquello a la seriedad que se guarda cuando tropas velan las armas para entrar de madrugada al combate, con la certidumbre de que sería difícil y sangriento, con absolutamente ninguna garantía de triunfo. Era tal la cantidad de periodistas, fotógrafos, licenciados y gente vestida de traje, que había que preguntarse quienes y dónde estaban los que en realidad saldrían al día siguiente a rifarse la suerte de vivir o morir. Mientras Salazar y los demás jefes esperaban en el portal de la casa grande el turno para ser recibidos por el señor Madero, cambiaban impresiones con otros jefes orozquistas que allí se encontraban como José Flores Alatorre, José Orozco y Máximo Castillo, de la región de San Borjas y jefe de la escolta de don Panchito. Pasaban de asombro en asombro. Para empezar, estaban allí acampados una gran cantidad de soldados yanquis, es decir, voluntarios norteamericanos, aventureros idealistas o simples mercenarios, que en número de treinta o cuarenta y bajo el mando de un ex oficial, Albert Harrington, veterano de la guerra hispano-americana en Cuba, seguían a Madero. Se le habían presentado como voluntarios en El Paso, Texas, pidiendo permiso para incorporarse diciéndose simpatizantes de la Revolución y de las justas aspiraciones de libertad y justicia del pueblo mexicano. Madero gustoso los aceptó de inmediato, porque era una realidad que sería de gran ayuda en la lucha contra el ejército porfirista.

El asunto causó pésima impresión entre la mayoría de los revolucionarios, especialmente entre los elementos socialistas que veían con desconfianza aquella intromisión extranjera en una guerra civil. Era un asunto de familia. La idea de que aquellos extraños venían a matar mexicanos les repugnaba. ¿Qué hacían aquellos filibusteros? Entre los filibusteros estaba el general Benjamín Viljoen, bóer de Sudáfrica, fungiendo como asesor de Gustavo, hermano de Madero. La gente se quejaba de que el único que escuchaba Madero era a Giuseppe (Peppino) Garibaldi, nieto de Giuseppe Garibaldi, el héroe italiano, a quien nombró jefe de la “Legión Extranjera”, cuerpo que llegó a contar con 40 individuos de distintas nacionalidades. Garibaldi había estado del lado inglés en la guerra del Transvaal, en contra de los Boers afrikáners, situación que lo ponía en plano antagónico con Viljoen y dos capitanes que lo acompañaban, un tal Jack Molan y otro de apellido De Villiers, por lo que existía resentimiento y desconfianza entre los extranjeros que rodeaban a Madero, pese a que el general Benjamín Viljoen era el principal consejero militar y un gran táctico en cuanto a la guerra de guerrillas. Por razones inexplicables, Madero mostraba favoritismo hacia Garibaldi, que por lo general siempre discrepaba de Viljoen.

NAIPES DE POLVO página 328 y 329

Hay cierta semejanza en este contexto con la presencia del Che Guevara en Bolivia, una revolución que quiso emprender entre habitantes con profundas raíces andinas, de una civilización milenaria destruida al igual que la Mesoamericana, por hombres como aquel que se presentaba como libertador. La desconfianza a un líder extranjero, blanco, que hablaba español con acento extraño y con recursos verbales urbanos y poéticos ajenos al terruño, tal vez sea la explicación más clara de su fracaso.

Por el contrario, un enfoque así permite entender el éxito de Evo Morales, un líder de su gente, por su gente, para su gente, lo que confirma que solo partiendo del alma se puede comprender el lenguaje de identidad de un pueblo, su ánimo ético-racial, su profundidad instintiva. Su máxima de gobierno de *consensus* “no mientas, no robes y no seas flojo”, llano pero efectivo, como fundamento ético de su liderazgo explica la *reconquista de su nación, valiéndose de la herramienta del establishment occidental, la democracia* (“el manipuleo de la estadística” de Borges) que le permitió un crecimiento económico inigualable en América. Es el creciente miedo de la oposición, mundo extranjeroizante ante la astuta estrategia de acceso al poder que

ahora se rebela exitosamente contra quien lo tuvo sojuzgado por cinco siglos y aunque por ahora lo haya orillado *físicamente* del poder, la profundidad instintiva de esa raza ha probado estar viva y con memoria colectiva. Evo habla a –y desde– el espíritu y la raza de su pueblo originario de su tierra para quien es hondamente significativo la melodía de la dicción, el acento, el juego de gestos en los movimientos de la mano cuya finalidad no es una comprensión basada en la meditación, sino un mutuo acuerdo, por medio de pregunta y respuesta en formas primitivas de lenguaje que no son basadas en el juicio ni en el enunciado sino en el mandato, la expresión de la obediencia, la disposición tanto de gobernados como gobernante, algo no comprendido por la autodenominada inteligencia citadina que no entiende el silencio del aldeano, si se compara con el urbano, que por su habituación al idioma, no puede cerrar la boca y de puro aburrimiento, charla y conversa, cuando no tiene nada que hacer, ya tenga o no algo que decir.

Esa fue la fatalidad de Madero quien nunca pudo comunicarse con los revolucionarios. ¿Cómo podría hacerlo un terrateniente de educación occidental aristocrática? Ya en el poder, eligió, por *capilaridad de clase*, preservar el establecimiento porfirista, carencia de visión política que terminó aniquilándolo. Para la causa genuina de la revolución –nunca toleró a Los Colorados, ni a Zapata– hubiera sido menos costoso en derramamiento de sangre si en Casas Grandes, en lugar de haber sido herido, hubiese sido muerto.

Tal vez México se hubiera ahorrado un millón de muertes, dolor, hambruna, tiempo, atraso, dinero y muchos etcéteras. Pero, lo hemos dicho muchas veces: el hubiera no existe.